Había sido él, en Rovigo, en Italia septentrional, quien celebró a la Inmaculada Concepción de María en presencia de una gran multitud de escuchas y en la misma localidad, justamente él en persona, había recogido limosnas y construido una iglesia dedicada a la Virgen, en la que erigió un altar en honor de la Concepción de la santísima Virgen.

San Antonio, uno de los primeros hijos del Padre san Francisco, ¿no llamaba acaso a María en sus sermones con el dulce nombre de "Virgen Inmaculada"? Sólo cuarenta años más tarde, en el Capítulo General de Pisa (1263), el séptimo Ministro General de los Hermanos Franciscanos, san Buenaventura, ordenó que todos los hijos del Padre san Francisco, todos los conventos y todas las Provincias, celebraran la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Sí, Fray Juan Duns Scoto tiene el derecho, tiene el deber, como franciscano, de luchar en defensa de un privilegio tan sublime de la Genitora de Dios.

Los profesores de París aseveran que se trata de una doctrina nueva. Por cierto la denominación puede parecer nueva; pero la misma realidad ¿no la profesaban, quizás, los fieles desde los orígenes de la Iglesia? ¿No se la profesa, quizás, en todas partes, cuando se proclama que Ella está llena de gracia, que es purísima y santísima? Pues bien, la mancha del pecado original es justamente una negación de la plenitud de gracia y de santidad.

¿Una doctrina nueva?... Los Padres de la Iglesia ¿no proclaman, quizás, bastante claramente su fe y la de sus siglos en la Inmaculada Concepción de María, al afirmar que Ella es purísima bajo todo aspecto y totalmente sin mancha, purísima, siempre pura, que en Ella el pecado jamás tuvo dominio, que Ella es más que santa, más que inocente, santa bajo todo concepto, pura sin mancha, más santa que los santos, más pura que los espíritus celestiales, la sola santa, la sola inocente, la sola sin mancha, la sin mancha más allá de toda medida, la sola bienaventurada más allá de toda medida?...

La verdad es que no todos aquellos señores conocen con exactitud los escritos de los Padres de la Iglesia, sobre todo, de los Padres orientales. ¡Lean, pues, también aquellos pergaminos!

Ellos sostienen que la afirmación según la cual la Virgen fue inmune de la mancha del pecado original, es un ultraje a la dignidad de Cristo Señor, quien redimió a todos sin excepción alguna y murió por todos. Pero ¿no es justamente por eso, o sea, por los méritos de su futura muerte, que Él no permitió en absoluto que Ella fuera manchada por cualquier culpa? ¿No es precisamente por

eso que Él la redimió de la manera más perfecta? El que saca una piedra del camino, para que nadie tropiece y caiga, ¿no usa, quizás, una cortesía mayor que aquel que levanta al que ya cayó?...

Escuchó tantas y tantas objeciones de distintos tipos; pero ninguna puede resistir a la crítica.

Sí, Dios tenía la posibilidad de preservar a la propia Madre también de la mancha del pecado original. Sin duda lo quiso hacer. Efectivamente, ¿por qué no habría querido hacer este don para Aquélla que debía llegar a ser la digna Madre de un Dios infinitamente puro y santo?... ¿Y por ende... quizás, no lo hizo?

Sí, indudablemente lo hizo.

Scoto levantó la mirada. Estaba precisamente pasando al lado de un palacio. Del hueco de un nicho lo miraba con benevolencia la Inmaculada, esculpida en una estatua de mármol.

Su corazón palpitó de gozo. Le vinieron a la memoria los años de su adolescencia, cuando se había presentado a la puerta del convento de los Hermanos Franciscanos. Después de haber sido aceptado, encontró grandes dificultades en el estudio por falta de capacidad. Rogó a la Virgen Inmaculada, sede de la sabiduría, y recibió tal gracia en abundancia. Por eso prometió a la Inmaculada que consagraría a su gloria todo el propio ingenio y toda la propia ciencia.

En ese momento estaba yendo justamente a combatir por Ella. Se quitó el sombrero y oró interiormente con fervor: "Concédeme que te alabe, Virgen santísima. Y dame fuerza contra tus enemigos". Y se dio cuenta que la Inmaculada, con una inclinación de la cabeza, le prometía la ayuda. Continuó el camino, lleno de gratitud, sumergido en la propia indignidad y abrasado de amor hacia su Inmaculada Señora.

En la amplia aula de la universidad, los numerosos opositores habían ocupado los sitiales en ambos lados. También el modesto Scoto se dirigió a su sitial y esperó humildemente que le fuera concedida la palabra. Hicieron su ingreso también los tres legados del Papa y se pusieron en el centro del aula en los sitiales asignados, para escuchar la disputa y presidirla.

Hablaron primeramente los adversarios. Con múltiples argumentaciones, que los contemporáneos contabilizaron hasta 200, confutaron las afirmaciones del pobre franciscano.

Finalmente, agotadas las objeciones, se hizo silencio. El legado del Papa acordó la palabra a Scoto. Este, con el más grande asombro de los numerosos presentes, enumeró todas las objeciones

en el orden en que habían sido presentadas, las refutó con mucha decisión y siguió justificando, con claras demostraciones, la doctrina de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen. Sus argumentaciones fueron tan convincentes que los profesores y los doctos presentes le atribuyeron, según la costumbre del tiempo, el apelativo de "Sutil", en razón de su habilidad.

He aquí cómo describe la escena Pelbart de Temesvar, casi contemporáneo de Scoto: "A los que negaban a la Inmaculada Concepción se opuso el valiente doctor. En contra de él habían sido presentadas sólidas argumentaciones en número de 200. Las escuchó todas, una después de otra, con serenidad y desenvoltura, pero con atención, y con una memoria sorprendente las repitió en el mismo orden resolviendo las intrincadas dificultades y argumentaciones con gran facilidad, como Sansón había hecho con las ataduras de Dalila (Jc 16,9-14).

"Además, Scoto añadió otras numerosas y muy válidas razones para demostrar que la santísima Virgen fue concebida sin mancha de pecado. Su disertación impactó de tal manera a los estudiosos de la universidad parisiense, que en señal de aprobación condecoraron a Scoto con el título honorífico de "Doctor Sutil".

Desde entonces los franciscanos, esparcidos por las distintas localidades de Europa, con entusiasmo cada vez mayor proclamaron en todas partes entre los fieles a la Inmaculada Concepción de la Virgen purísima.

Cuando el día 8 de noviembre de 1308 el animoso defensor del privilegio de la Inmaculada Concepción dejaba este destierro terrenal en Colonia (Alemania), en cuya universidad había enseñado en los últimos años, la fe en la Inmaculada Concepción de María ya había puesto raíces tan profundas que merecidamente el célebre teólogo español Vázquez podía escribir en el siglo XVI: "Desde los tiempos de Scoto, la fe en la Inmaculada Concepción creció tanto no sólo entre los teólogos escolásticos, sino también en medio del pueblo, que ya nadie es capaz de hacerla desaparecer".

170 años después de la disputa de París tuvo lugar otra disputa que duró muchos días, en el Vaticano, en presencia del Papa Sixto IV, también él franciscano. El Padre Francisco Nanni, 39 Ministro General de los Hermanos Franciscanos, en esa ocasión resolvió de modo tan brillante las dificultades entabladas por los adversarios que el Papa, cautivado, exclamó: "Tú eres de veras un Sansón fortísimo". Poco tiempo después el mismo Pontífice emanaba, en

data 27 de febrero de 1477, una célebre constitución, en la que confirmaba el oficio y la Misa de la Inmaculada Concepción, compuesto por Leonardo de Nogarolis, y concedía indulgencias a todos los que recitaran tal oficio o celebraran la santa Misa, como también a todos los fieles presentes en aquellas celebraciones, en el día de la fiesta o de la octava de la Inmaculada Concepción.

La fe en la Inmaculada Concepción de la Virgen se hacía siempre más y más viva. Lo que en el pasado estaba implícito en la fe en la expresión: "plenitud de gracia", es decir, la santidad y la pureza sin mancha de la Virgen, ahora se lo manifestaba expresamente, se lo veneraba en toda su amplitud y se lo llamaba con un nombre propio, hasta el día en que, en los decretos divinos, llegó a madurez el momento en que el Papa Pío IX, 256 sucesor de san Pedro, rodeado de 53 cardenales, 42 arzobispos, 92 obispos y de una muchedumbre incalculable de fieles, en su veste de supremo pastor de toda la Iglesia, declaraba solemnemente que la doctrina —la cual afirmaba que la santísima Virgen María en el primer instante de su concepción fue preservada inmune de toda mancha del pecado original, por una gracia particular y por un privilegio del omnipotente Dios, en consideración de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano— había sido revelada por Dios.

En tal ocasión el Papa coronaba un cuadro de la Inmaculada Concepción que había sido colocado también por el Papa Sixto IV, franciscano, en el altar de la capilla dedicada a este privilegio mariano.

Cuatro años más tarde, la Inmaculada misma, casi para confirmar el dogma definitivo, declaraba en Lourdes: "Yo soy la Inmaculada Concepción" (SK 1081).

Proyecciones del dogma de la Inmaculada

Tanto la proclamación del dogma de la Inmaculada como cualquier otra verdad tienen como metas la mayor gloria de Dios, el bien de la Iglesia que es el Cuerpo Místico de Cristo, el aumento de luz y de gracia en las almas, el crecimiento de la fraternidad y solidaridad...

El Padre Kolbe se plantea el problema: una vez proclamado el dogma, ¿podríamos quedar satisfechos y cruzarnos de brazos? ¿No debería ser el dogma un fuerte impulso para el despliegue doctrinal y apostólico, una renovación de la Orden franciscana y un mensaje al mundo entero?...

En una carta a los clérigos de la Orden de los franciscanos

conventuales, Maximiliano les señala las nuevas responsabilidades religiosas y apostólicas que surgen como consecuencia o como corolario de la proclamación del dogma.

Respaldado por los mensajes marianos, el Padre toca varios tópicos de perenne actualidad para la Orden franciscana y para la Iglesia: la penitencia, los votos, la disponibilidad, la austeridad de vida, la práctica de la perfecta pobreza, los empeños misioneros...

Nos parece que esta carta es un fuerte llamado a clérigos y laicos, para que transformen lo devocional en vivencia y en dinamismo evangelizador.

Queridísimos jóvenes Hermanos,

...Cada generación debe añadir la propia fatiga y los propios frutos a los de las generaciones precedentes. Así sucede en la vida de una Orden religiosa, y por ende también en la nuestra.

¿Qué cosa añadiremos nosotros?

Se dice que cuanto más se aleja del fundador una Orden religiosa, tanto más se debilita; y a menudo acontece precisamente así. Pero no sigue que lo deba ser necesariamente. El espíritu no conoce las leyes materiales del envejecimiento, sino que debe evolucionar sin ningún límite. Por esto no es efecto de humildad, por ejemplo, rogar al Padre san Francisco, para que nos obtenga una "parte" de su amor hacia Dios, o un amor igual al suyo. Nuestro santo Padre estará perfectamente contento sólo cuando, por su intercesión, pidamos a Dios un amor más grande que el de él, más aún, un amor ilimitado. Además, él quiere desplegar su espíritu en sus hijos y no establecer su santidad como término o límite de nuestra perfección. El germen que él puso en la Orden, debe evolucionar "sin ningún límite".

Desde los orígenes de nuestra Orden, por siete siglos, el hilo de oro de la causa de la Inmaculada evolucionó incesantemente. Se luchó para conocer la verdad de la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María. La lucha se concluyó victoriosamente. Tal verdad fue reconocida en todas partes y proclamada dogma de fe.

¿Y ahora?... ¿Quizás, se acabó todo?...

Al construir una casa, ¿nos contentamos, quizás, con trazar el proyecto sin preocuparnos de realizarlo?... O, más bien, ¿no es verdad que se traza el proyecto sólo como una preparación necesaria para la construcción de la misma casa?...

Ahora se abre la segunda página de nuestra historia, es decir,

sembrar esta verdad en los corazones de todos los hombres que viven y vivirán hasta el fin de los tiempos, y cuidar su incremento y sus frutos de santificación. Introducir a la Inmaculada en los corazones de los hombres, para que Ella levante en ellos el trono de su Hijo, los arrastre al conocimiento de Él y los inflame de amor hacia el sacratísimo Corazón de Jesús.

Nuestra Orden se llama y es "la Orden de la penitencia", que practica y predica la penitencia. Y he aquí lo que vemos. Cuatro años después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, la Virgen en persona, en Lourdes, pidió: "¡Penitencia, penitencia, penitencia!". He aquí quién quiere proclamar la penitencia en nuestro mundo corrupto: la Inmaculada. Permitamos, pues, que Ella misma en nosotros y por medio de nuestra Orden proclame la penitencia para renovar los espíritus.

Nos iríamos muy lejos si los entretuviera aún en estas reflexiones tan alegres y dulces; de todas maneras, no puedo dejar de añadir alguna otra cosa.

Permitamos que Ella predique justamente a nosotros esta penitencia. Abrámosle nuestro corazón, dejémosla entrar y entreguémosle a Ella con generosidad nuestro corazón, nuestra alma, nuestro cuerpo y todo sin ninguna restricción o limitación. Consagrémonos a Ella completamente sin ninguna limitación, para ser sus siervos, sus hijos, su cosa y su propiedad incondicional. Así llegaremos a ser, de alguna manera, Ella misma viviente, hablante y operante en este mundo.

La Inmaculada, en Lourdes, en una de sus apariciones, no dijo: "Yo fui concebida inmaculadamente", sino: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Con estas palabras Ella no sólo determina el hecho de la Inmaculada Concepción, sino también el modo con el cual este privilegio le pertenece. Por ende, no es algo accidental, sino que hace parte de su misma naturaleza. Ella, pues, es la Concepción Inmaculada... Por consiguiente, Ella es tal también en nosotros y nos transforma en sí misma como inmaculados... Ella es Madre de Dios; y también en nosotros Ella es Madre de Dios... y nos hace dioses y madres de Dios que engendran a Jesucristo en las almas de los hombres... ¡Qué dignidad!...

Cuando lleguemos a ser Ella, también nuestra entera vida religiosa y sus fuentes serán de Ella y Ella misma. De Ella será nuestra obediencia sobrenatural en cuanto es su voluntad; la castidad en cuanto es su virginidad; la pobreza en cuanto es su desprendimiento de los bienes de la tierra.

A Ella le pertenece nuestra alma; por eso Ella guía nuestra inteligencia para que en la obediencia religiosa vea la voluntad de Ella y para Ella no ahorre diligencia alguna en la búsqueda de la verdad. Ella guía también nuestra voluntad para que no ame nada al margen de la voluntad de Ella, reconociendo en ella la voluntad de Jesucristo, o sea, de su sacratísimo Corazón y la voluntad de Dios. A Ella le pertenece también nuestro cuerpo, para que por Ella se exponga gustoso a los sufrimientos y sostenga espontáneamente las fatigas. Suyo es también todo lo que tenemos; por eso ha de haber una pobreza perfecta y un uso de las cosas en cuanto son indispensables y suficientes para alcanzar un determinado fin.

(Aquí Maximiliano inserta la propuesta para que todo seminario tenga un círculo de la Milicia de la Inmaculada, como centro de formación ascética y apostólica. Luego continúa:)

No hemos de creer que todas estas cosas sean solamente puras teorías abstractas, irrealizables en la práctica. La Inmaculada quiso suscitar ya una casa religiosa —Niepokalanów en Polonia—, la que prácticamente dio prueba de la posibilidad de una tal vida y de un tal trabajo, durante los cinco años de su existencia.

No debemos temer que la vida sea tan rígida que falten las vocaciones, porque en esta casa las vocaciones ya están alcanzando la cifra de 400.

Tampoco hay que temer que la perfecta pobreza impida el mantenimiento de los seminarios, porque en Niepokalanów son sustentados más de 120 seminaristas consagrados a la Inmaculada.

En fin, tampoco hemos de temer que tal pobreza nos distraiga de la solicitud por las misiones, ya que esta casa de Polonia fundó y mantiene a Mugenzai no Sono en el Japón, la que, a pesar de no recibir ningún subsidio de parte de la Congregación de la Propagación de la Fe, sin embargo, desde hace tres años extiende su actividad a todo el Japón, con grandes gastos, a través del periódico "Mugenzai no Seibo no Kishi"; y la Inmaculada por medio de él obró muchos bautismos.

Estuve en muchas naciones, vi muchas cosas, hablé con diversas personas... Créanme: no hay nada más adecuado para curar los males de nuestro tiempo que nuestra seráfica Orden, si con valentía, prontitud, rapidez y constancia desarrolla el espíritu de nuestro Padre san Francisco.

La Inmaculada quiere mostrar en nosotros y por nuestro

intermedio la plenitud de su misericordia. No queramos interponer obstáculos: ¡dejémosla obrar!

¿Por qué quiere Ella llevar a cabo esto precisamente con nosotros?

Es un misterio de su amor.

Todo de ustedes en la Inmaculada y en el Padre san Francisco, Fray Maximiliano (SK 486).

Interrogantes y desafíos

El Padre Kolbe nunca gozó de buena salud. Las secuelas de la tuberculosis y la fiebre le acompañaban a todas partes. La estrechez —y a veces la carencia— de recursos eran de todos conocidas. Y, sin embargo, a su alrededor florecían obras gigantescas, como las dos ciudades marianas en Polonia y en el Japón. La gente se preguntaba de dónde podían surgir tantas iniciativas. Maximiliano ya tenía lista la respuesta: "¡Todo es don de la Inmaculada! ¡Todo es para la Inmaculada!"

En este breve artículo escrito en la misión japonesa de Nagasaki, Maximiliano recalca las responsabilidades de los creyentes y, en particular, de la Orden franciscana para promover, profundizar, y expandir el reinado de la Inmaculada, como despliegue de la proclamación del dogma.

A través de las estepas cubiertas de nieve de la Siberia llegó hasta acá, Nagasaki, el interrogante que se va repitiendo bajo el cielo polaco, a propósito de Niepokalanów: "¿Por qué y para qué todo esto?"

Una respuesta llena de reconocimiento a tal pregunta viene de las altiplanicies de los Cárpatos: "¡Pregúntenselo a la Virgen!"

Debo ponderar expresamente que tanto la pregunta como la respuesta me parecen del todo exactas.

Ante todo la pregunta. A decir la verdad, toda persona razonable debe conocer la meta hacia la cual tiende y valorar todo en base a su fin intrínseco.

La vida es movimiento, tendencia hacia un fin. También una Orden religiosa vive, si tiene un fin bien prefijado y tiende activamente hacia él.

Las generaciones que descendieron a la tumba, alcanzaron los fines que la Providencia les había asignado. También la actual generación de religiosos debe conocer el propio fin para poder

tender hacia él y no atraer sobre sí los anatemas de las generaciones sucesivas, por no haber construido nada sobre los fundamentos que los antiguos padres le habían confiado, nada que pudiera servir como base para lo que las generaciones sucesivas elevarían sobre ella; y por haberles así demorado el camino.

Para saber lo que se ha de hacer en este momento, es necesario conocer lo que fue hecho hasta hoy: remontar la historia.

Dejo de lado diferentes sectores de actividad y me detengo sólo en la causa de la Inmaculada.

Desde los orígenes de la Orden, el hilo de oro de esta causa se desarrolla a través de los siglos, supera sus dificultades y batallas y, después de seis siglos de luchas, llega a una memorable victoria: el reconocimiento, obligatorio para todos, de la verdad de la Inmaculada Concepción, a la proclamación del dogma.

¿Está, quizás, concluida toda esta causa? Con la aprobación de un plan de batalla bien trazado, quizás, ¿está ganada la batalla? ¿Se contenta, quizás, un arquitecto con la terminación del proyecto de una casa? ¿O, más bien, considera la composición del proyecto de una casa como una simple premisa, necesaria para la realización del edificio mismo? Los casi siete siglos de nuestra historia no son más que la primera parte de la entera causa, la condición indispensable para ponerse a la obra.

¿Qué obra?

La actuación, la siembra de esta verdad en los corazones de todos y de cada uno en particular (comenzando con uno mismo), la preocupación para que acontezcan el crecimiento y la producción de los frutos de conversión.

Durante las apariciones en Lourdes, la Inmaculada proclama, con el lenguaje de nuestra Orden: "¡Penitencia, penitencia, penitencia!", y reverdece la memoria de la "Orden de la penitencia". Quiere, en la Orden y por medio de ella, frenar las almas en su carrera hacia el placer, entrar en sus corazones, tomar posesión de ellos, dirigirlos hacia la felicidad verdadera, hacia Dios, por el camino de la negación de sí mismos, preparar en ellos el trono del amor divino, del Corazón divino, enseñarles a amarlo e inflamarlos de amor. Quiere Ella misma amar este Corazón en ellos y por medio de ellos, ser ellos mismos y hacer que lleguen a ser Ella misma.

He ahí el bosquejo de la incorporación (en la vida) de la verdad de la Inmaculada Concepción. El bosquejo es simple e incompleto, pero verdadero.

Esta es la segunda página de la historia de nuestra Orden y

precisamente está comenzando ahora. En ella todo le pertenece a Ella, a la Inmaculada: ya sean las almas de los religiosos, ya sea Niepokalanów...

¿Cómo llevar a cabo todo esto y hasta cuándo?

Pregúntenselo a la Virgen (SK 1168).

Bagatelas y mezquindades

Existe en los lectores de las biografías de los santos el grave peligro de verlos e idealizarlos en una visión irénica, romántica, irreal...

Como lo experimentamos todos nosotros en la vida diaria, también los santos sufrieron problemas, choques, incomprensiones, fastidios, intolerancias, crisis, torbellinos de tentaciones y de torturas psíquicas y morales.

Nos parece que el Padre Kolbe, en razón de su sensibilidad humana y del fervor de sus ideales que no siempre hallaron comprensión y apoyo, sufrió muchísimo. Tanto en Niepokalanów (Polonia) como en el Japón tuvo que sobrellevar fuertes contrastes y oposición, y sus ideales fueron más de una vez rechazados, justamente en los mismos tiempos y lugares donde estaba implantándolos.

En la siguiente carta a Fray Alfonso Stepniewski, misionero en el Japón, leeremos entre líneas un muestrario de dificultades y enredos que, por cierto, oscurecen los elevados ideales de vida religiosa que enarbolaba el Padre.

Querido Fray Alfonso,... procuremos no hacer nada "en caliente"; más bien, preocupémonos sobre todo por recuperar la serenidad, confiarnos a la voluntad de Dios y a la voluntad de la Inmaculada y obrar sólo entonces y con serenidad, para que no suceda que nos equivoquemos.

Tampoco deseemos excesivamente cambiar el ambiente que nos rodea o las actitudes ya de los Padres ya de los Hermanos y de los demás con respecto a nosotros, ya que todo lo que no depende de nuestra voluntad está seguramente permitido por Dios, y Dios —¡y no otros!— quiere que nosotros hagamos la experiencia. Es, pues, para el bien de nuestra alma.

Por otra parte, son necesarias también las pequeñas cruces; diversamente ¿con qué méritos iríamos nosotros al paraíso? ¿Y

cómo podríamos demostrar nuestro amor desinteresado hacia la Inmaculada?

Los superiores pueden tener programas de variado género, y no siempre a nosotros nos está consentido poder y deber comprender porque se comportan de una manera u otra. Si conociésemos todas las motivaciones y obedeciésemos en base a ellas, nuestra obediencia ya no sería sobrenatural. Se puede, más aún, se debe orar por los superiores y ayudarlos con la oración, para que cumplan sus deberes tan difíciles según la voluntad de la Inmaculada. Yo no me animaría a afirmar que el Padre Fulano... no desea con toda sinceridad el desarrollo de la Niepokalanów japonesa. Cualquier opinión que él tenga, seguramente procede de la más sincera buena voluntad.

Tengamos por seguro que toda división e incomprensión no proceden de la Inmaculada, sino sólo y exclusivamente de aquella serpiente que está bajo sus pies. Por consiguiente, cada uno, por su cuenta, haga cualquier esfuerzo para disminuir todo desacuerdo, con la humildad, el amor, la paciencia y la oración, para profundizar cada vez más el amor recíproco y ayudarse mutuamente a tender hacia nuestro IDEAL: la dilatación del reino de la Inmaculada en las almas.

Cada uno de ustedes se esfuerce no tanto por cambiar el ambiente, sino por mejorarse a sí mismo y acercarse personalmente a la Inmaculada, para que todos, acercándose a Ella, se aproximen recíprocamente entre sí. Por esto, no alabo mínimamente a quien se abre camino para pedir que lo alejen del lugar de avanzada e ir a cualquier otro lugar, aunque fuere también el convento o la Orden religiosa más fervorosa.

Las gracias divinas y la protección de la Inmaculada están preparadas para cada uno de ustedes en el lugar donde se encuentran por obediencia, mientras la fuga de tal ambiente —sin considerar las causas, cualesquiera sean ellas—, es sin duda solamente una verdadera y auténtica tentación de ningún otro a excepción de Satanás, el cual mira a más no poder a la destrucción de Niepokalanów y a un debilitamiento del reino de la Inmaculada. ¿Quisieran ustedes, quizás, ser un instrumento en sus manos en tal asunto?...

El problema de la alimentación ¿no es, quizás, demasiado banal para pensar principalmente en él? Si tenemos la ocasión de mortificarnos un poco, agradezcamos a la Inmaculada que podemos colaborar con Ella también de este modo.

A esto se añada el problema de los cabellos. Cada uno se

comporte como quisiera ser hallado en la hora de la muerte y como desearía presentarse a la Inmaculada después de la muerte. Sin duda en convento es necesaria la uniformidad también en esto; y aunque no sea algo esencial, sin embargo, está conforme al espíritu del Padre san Francisco y no es un obstáculo para nuestra santificación. ¡Se puede agradar a la Inmaculada también sin peinado!... ¡No procuremos agradar a ningún otro!...

Cuanto más fielmente sirve cada uno de nosotros a la Inmaculada, cuanto menos se busque a sí mismo o la propia satisfacción y cuanto mayormente se esfuerce por agradar sólo a la Inmaculada, tanto antes cesará la prueba actual.

Está fuera de toda mínima duda que la Inmaculada no necesita de ninguno de nosotros. No somos nosotros que le damos un gusto a Ella, sino que es Ella quien nos concede una gracia al permitirnos sufrir y trabajar por Ella.

Quizás, escribí un tanto duramente, pero es todo para tu bien.

Dejémonos conducir por la Inmaculada. Procuremos no tener deseos, metas, aspiraciones, proyectos personales... ¡No seamos nosotros sino, más bien, la divina Providencia en guiarnos!

Ora también por mí para que yo mismo cumpla fielmente lo que aconsejo a los demás (SK 926).

El dinero: ¿Amo o siervo?

La causa de la Inmaculada y los proyectos de fundación de nuevas ciudades marianas obligaban al Padre Kolbe a caracolear por los mares.

Evidentemente no hacía turismo ni podía despreocuparse de sus delicadas responsabilidades de guía y maestro de los religiosos.

Estando a bordo del barco "Conte Rosso", en el trayecto entre Bombay (India) y el canal de Suez, en el año 1933, Maximiliano se puso a reflexionar sobre la Orden franciscana, sus fines y sus características. Una de las características es la pobreza, pero a su alrededor, en los siglos pasados, surgieron innumerables discusiones, en las que no faltaron escamoteos.

Para sus obras y actividades editoriales, Maximiliano debía movilizar ingentes masas de dinero. ¿Cómo conciliar las urgencias apostólicas con el manejo del dinero, ya que san Francisco de Asís, el fundador, rechazaba resueltamente el dinero y el manejo del mismo?

El Padre Kolbe matiza la solución del problema. Tanto de

acuerdo a las autorizaciones pontificias concedidas a los franciscanos conventuales, como para dar una respuesta moderna al uso del dinero: reafirma la pobreza personal y comunitaria y acepta el dinero no como sueldos ni como frutos de dividendos, sino como limosna, según el principio evangélico: "Es digno el obrero de la recompensa por su trabajo" (Mt. 10, 10).

El Padre Maximiliano admite el dinero para la compra de costosas maquinarias, para el servicio de la Inmaculada y para la alegría cultural de sus devotos; pero rechaza decididamente la vagancia, propia de los zánganos o de los "hermanos moscas"... Igualmente rechaza la inversión y explotación del dinero en dividendos o intereses, porque el dinero debe circular y transformarse en bien social y en fuentes de trabajo.

Nuestra Orden

Reflexioné acerca del fin de nuestra Orden. De la regla y de las constituciones resulta que el fin es: la oración, la mortificación (ayuno), la predicación recorriendo varias localidades (misiones internas) y, para quien quiere, dirigiéndose a las naciones de los infieles, es decir, misiones extranjeras. Una vida según el Evangelio, según los consejos evangélicos, y el anuncio del Evangelio por el mundo, o sea, la imitación de Jesús en la vida escondida y en la activa.

Nuestra característica específica es la pobreza, o sea, no poseer nada. Pero ¿significa esto, quizás, no servirse de medio alguno?

¿Y el problema del dinero? Seguramente el Padre san Francisco no tenía en absoluto la intención de corregir a Jesús sino, más bien, de imitarlo de la manera más perfecta posible. Jesús aceptaba ofertas (aunque Judas acabó mal como administrador), y los Apóstoles compraban los víveres y pagaban los impuestos.

¿Qué hacer en nuestro tiempo? ¿Qué comandaría hoy el Padre san Francisco? ¿Prohibiría, quizás, el uso del dinero y, por consiguiente, el uso de los medios más modernos? ¿O, quizás, utilizaría cualquier medio: el correo, la prensa, la radio y otros más?... O se podría renunciar al dinero; pero ¿se podría entonces servirse de cualquier medio para proclamar la Palabra de Dios? No lo sé.

Oh María Inmaculada, ¿qué es lo mejor? ¿Te serviste tú del dinero? Parece que sí, dado que Jesús mismo lo utilizó. No permitas que lo utilicemos mal, sino como tú. Lo utilizaste para provecho de Jesús; y nosotros para provecho tuyo y, por medio de ti, para

provecho de Jesús. Además, nosotros no lo aceptamos como recompensa por el trabajo, sino como oferta. "Como merced del trabajo reciban para sí y sus hermanos lo que es necesario para el cuerpo, a excepción de dineros o de monedas" (Regla de san Francisco, cap. V). Por ende, proclamar el Evangelio, aceptar las ofertas, trabajar, aceptar lo que es necesario para la vida.

(Un terreno no se gasta, pero una máquina sí; por lo tanto, el capital es sólo un instrumento. También el hombre, el religioso —¡gloria a la Inmaculada!— se gasta).

No poseer nada, ni en particular ni en común. ¿Quién sería el propietario? Los bienhechores, los obispos... Nosotros lo utilizamos únicamente para un fin determinado, para la causa de la Inmaculada.

"Por medio de la Inmaculada" (el espíritu de la Milicia de la Inmaculada), como un instrumento en sus manos inmaculadas, rogándole que se digne dirigirlo todo personalmente según su agrado. Al obrar así, nosotros trabajaremos lo más que sea posible y de la manera más rápida; es decir, proclamaremos el Evangelio con la mayor eficacia y en ambientes cada vez más vastos. Que Ella predique por medio de nosotros y en nosotros, haga suya nuestra vida y Ella misma viva en nosotros.

Entonces viviremos según el Evangelio de la manera más perfecta, porque Ella vivirá por medio nuestro. Y de la manera más perfecta seremos madres de almas según el Evangelio, porque Ella misma será, en nosotros y por medio nuestro, la Madre de tales almas.

He ahí el modo más seguro y fácil para conseguir, bajo todo aspecto, nuestro perfeccionamiento. Y también el perfeccionamiento de los demás. Por lo tanto, Ella quiere que todo esto arranque de nosotros y quiere que la Orden del Padre san Francisco (reunida) realice esta misión en toda la tierra. ¡Gloria a la Inmaculada por todo!

Estos siete siglos son de veras la primera página, la introductoria, de nuestra historia. Ahora se pasa a la página sucesiva, al contenido mismo, a las batallas para llevar las almas a la Inmaculada.

¡Oh Inmaculada, Inmaculada, Inmaculada, Inmaculada! ¡Qué dulce y qué grato al corazón de un hijo, tu nombre santo! ¡Cómo resuena agradablemente en el alma! ¡Qué estupenda melodía!... El mundo no te conoce aún. Muchos te conocen de manera sólo superficial. ¡Concédeme que te alabe, oh Virgen santísima! ¡Y danos fuerza contra tus enemigos! (SK 991 R).

La Inmaculada y su Milicia

Fruto de un corazón enamorado

La Milicia de la Inmaculada, *o M. I., es la obra mayor que san Maximiliano Kolbe legó no sólo a sus admiradores y herederos, sino también a la Orden franciscana y a toda la Iglesia.*

La M. I. brotó de su corazón enamorado y es una asociación con sus dos fines principales: la santificación personal y el apostolado.

La M. I. es una respuesta, o "reacción" en el lenguaje kolbiano, a la función maternal de la Virgen en sus relaciones con la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

Las circunstancias históricas: las apariciones de Lourdes y Fátima, el fervor organizativo del talento del Padre Kolbe, las insolencias de la masonería en contra del Papa, las grandes posibilidades apostólicas que ofrecían los medios de comunicación social... confluyeron para dar vida a este movimiento mariano.

La M. I. es un llamado a pasar de lo devocional a lo vivencial y a lo apostólico, y quiere ser un movimiento que aglutina mentes y corazones, capacidades y dinamismos, para ponerlos al servicio de la meta ideal: el reino de María como promesa y preanuncio del reino de Cristo.

La teología que subyace a la M. I. es que María es el camino escogido por el Hijo de Dios para venir a este mundo y ser el Salvador de los hombres, y ha de ser el camino de retorno —el más

corto, fácil y seguro— que las almas han de escoger para llegar a Cristo, fuente de toda gracia.

María y la gracia forman un binomio indisoluble. María, Madre del Autor de la gracia, colabora para comunicar esa gracia a los hombres. Para destacar la absoluta preeminencia de la mediación de Cristo —único Mediador entre Dios y los hombres—, la teología actual, en lugar de hablar de María, mediadora de todas las gracias, prefiere hablar de la misión maternal de la Virgen en orden a la Iglesia y a las almas en particular.

Maximiliano escribió cientos de páginas sobre la M. I. Nosotros recogeremos las flores más bellas y perfumadas, para preparar una guirnalda y colocarla a los pies de la hermosa y santa Madre de Dios y de la Iglesia.

Nacimiento de la Milicia

Dado su liderazgo, el Padre Maximiliano habla siempre con extrema discreción de los comienzos de la M. I. En las siguientes notas rememora algunos momentos de la fundación.

El Padre tenía a la sazón 23 años. Era un joven muy piadoso y muy empeñado en los estudios; pero ya latían en su corazón un gran amor a la Inmaculada y grandes deseos del advenimiento del reino de Cristo por medio de la Inmaculada. Como visionario, captaba los clamores y las necesidades de la hora. La respuesta debía ser la M. I.

Justamente, mientras su espíritu estaba fascinado por dulces visiones mariano-apostólicas, un chorro de sangre se desprendió de sus pulmones y le llenó la boca. Era la grave enfermedad de la tisis, cuyas secuelas de debilidad y fiebre le acompañarían toda su vida. Maximiliano no se dejó vencer ni se replegó sobre sí mismo, sino que aprovechó del cariño y simpatía con que le rodearon sus compañeros, para hablar de la M. I. y atraer su adhesión.

Ya pasó mucha agua bajo los puentes y muchos particulares ya los tengo casi olvidados... Describiré lo que la memoria me ayuda a recordar.

Rememoro bien que conversaba con los clérigos, mis cohermanos, de la miserable condición de nuestra Orden y de su porvenir. Y en aquellos momentos se grababa en mi ánimo la siguiente idea: o sacar a flote o tirar por la borda. Experimentaba un vivo disgusto por aquellos jóvenes que entraban en nuestra Orden, a menudo con

óptima intención, y las más de las veces perdían su ideal de santidad precisamente en el convento. Sin embargo, no sabía bien qué hacer.

Volvamos más atrás en el tiempo.

Rememoro aún que cuando muchacho me había comprado una pequeña imagen de la Inmaculada por cinco copecks. Además, en el seminario menor, mientras asistíamos en el coro a la santa Misa, con la cara contra el suelo prometí a la santísima Virgen María, cuya imagen dominaba el altar, que habría combatido por Ella. ¿Cómo? No lo sabía, pero imaginaba una lucha con las armas materiales. Por este motivo, al llegar el momento de iniciar el noviciado (¿o de emitir la profesión?), confié al Padre Maestro, Dionisio Sowiak, de santa memoria, ésta mi dificultad para el ingreso en el estado religioso. Él transformó aquella mi decisión en el empeño de rezar todos los días la oración "Bajo tu amparo..." Continúo aún hoy rezando esta plegaria, sabiendo ya cuál era la batalla que debía combatir por la Inmaculada.

A pesar de estar muy inclinado al orgullo, la Inmaculada me atraía muy fuertemente. En el reclinatorio de mi celda tenía siempre la imagen de un santo al que la Inmaculada se había aparecido; y, además, a menudo me dirigía a Ella con la oración. Al ver esto, algún religioso me decía que debía nutrir mucha devoción a aquel santo.

Cuando en Roma la masonería salió al descubierto de manera cada vez más atrevida, llevando los propios estandartes bajo los ventanales del Vaticano —y en la insignia negra de los seguidores de Giordano Bruno había hecho pintar al arcángel san Miguel bajo los pies de Luzbel y en los folletos propagandísticos atacaba abiertamente al Santo Padre— nació la idea de instituir una asociación que se trabara en lucha contra la masonería y los demás servidores de Luzbel. Para asegurarme que tal idea viniera de la Inmaculada, interpelé a mi director espiritual de aquellos años, el Padre Alejandro Basile, jesuíta, confesor de los alumnos del colegio. Lograda la seguridad de parte de la obediencia, me propuse dar inicio a la obra.

Mientras tanto, nos trasladamos por un período de vacaciones a la "Vigna", que dista del colegio 20-30 minutos de camino. Durante un partido de fútbol, comenzó a venirme la sangre a la boca. Me retiré y me extendí sobre la hierba. Se puso a cuidarme Fray Jerónimo Biasi, de santa memoria. Escupí sangre por un buen rato. Después, en seguida me dirigí al médico. Me alegraba

el pensar que, quizás, ya había llegado al término de mi vida. El médico me ordenó regresar al colegio en carroza y ponerme en cama. Las medicinas detenían con dificultad la sangre que seguía saliendo. Durante aquellos días venía a visitarme el joven y pío clérigo de santa memoria, Fray Jerónimo Biasi.

Dos semanas más tarde, el médico me permitió salir por primera vez del colegio y, aunque con dificultad, me dirigí a la "Vigna". Los clérigos, al verme, me recibieron con algarabía y fiesta y me trajeron higos frescos, vino y pan. Después de esa somera refección, cesaron los dolores y las punzadas.

Por primera vez puse en conocimiento de Fray Jerónimo y de otros clérigos la idea de dar inicio a la asociación, pero con la condición de que cada uno de ellos interrogara, ante todo, a su director espiritual, para asegurarse de la voluntad de Dios.

Con el consentimiento del Padre Rector, la tarde del 16 de octubre de 1917 tuvo lugar la primera reunión de los primeros siete socios, o sea: Fray José Pal, Fray Antonio Glowinski, Fray Jerónimo Biasi, Fray Quírico Pignalberi, Fray Antonio Mansi, Fray Enrique Granata y yo mismo.

En una pobre celda cerrada con llave, en el Colegio Internacional de Roma, siete jóvenes clérigos, vestidos con el sayal y ceñidos con el cordón franciscano, teniendo al costado el rosario como sable espiritual, examinaron los puntos del primer estatuto de la Milicia de la Inmaculada. Frente a ellos, entre dos velas encendidas, estaba puesta una pequeña imagen de la Inmaculada.

Al reunir a estos jóvenes e inexpertos religiosos, la Inmaculada sabía desde entonces que algunos habrían obrado con mayor o menor empeño; que otros se habrían asociado de modo más organizado, con el fin de sujetarle a Ella las almas más fácilmente, con mayor eficacia y con energías mancomunadas, según el pensamiento de estatutos adecuados; que otros habrían quebrado toda barrera en su consagración a Ella, incluyendo también la de encerrarse en su "jardín" (Niepokalanów), con el fin de sacrificar la vida entera exclusivamente por Ella.

Además, sus caballeros no se limitan a defender la fe, sino que se lanzan al ataque, a la ofensiva, para conquistar las ciudadelas enemigas. Avanzan pero nutriendo en el corazón un amor sin límites hacia el prójimo, el mismo amor de la Inmaculada, aunque el prójimo no sólo sea extranjero, de raza o de color diferentes, sino también francamente enemigo abierto de la religión, de la Inmaculada, de Dios...

Avanzan también con el odio, un odio implacable, ese odio que la Inmaculada misma nutre con respecto al mal y al pecado, aunque sea leve.

Cada conversión y cada paso en el camino de la santificación son obra de la gracia, mientras la dispensadora de todas las gracias que brotan del sacratísimo Corazón de Jesús no es otra sino su Madre, la Inmaculada. Por esto, cuanto más se le acerca un alma a Ella, con tanta mayor abundancia saca tales gracias. Por consiguiente, nuestra misión fundamental es la de acercarle las almas a Ella, de llevarla a Ella a las almas... Y todo debe acontecer lo más pronto posible (SK 1278 y 1277).

Gran programa en pocas líneas

Durante la reunión fundacional los siete franciscanos conventuales y caballeros de la Inmaculada examinaron los puntos básicos del "programa de la Milicia".

¿En qué consiste ese "programa", como lo llama pomposamente Maximiliano? En una veintena de líneas de una simple página de cuaderno, Maximiliano traza su ambicioso programa.

Es un programa mariano: la Inmaculada campea como Reina y Madre; programa batallador: la lucha del bien contra el mal y la promesa de victoria del bien, gracias a la mediación de la Inmaculada; programa mínimo y esencial en tres puntos: fines, condiciones y medios; programa elástico, abierto a todos los estados de vida y a todas las posibilidades de adhesión. El centro inspirador y motor del programa es la consagración a la Inmaculada, en una creciente toma de conciencia de la propia pertenencia a Ella.

Todos los biógrafos y los estudiosos quedan atónitos ante la desproporción entre los fines y los medios, entre un programa tan escueto y sus pretensiones de conquista mundial.

¿Qué movía al Padre Kolbe? Un amor ilimitado a la Inmaculada y el deseo de que todos la conocieran, la amaran y la sirvieran, para así conocer, amar y servir mejor a Cristo. Y el amor es la máxima palanca para mover el mundo entero, ya que Dios es el Amor, la Inmaculada Madre del Amor hermoso y Maximiliano caballero del Amor consagrado.

MILICIA DE LA INMACULADA
"Ella te aplastará la cabeza" (Gn 3,15).

"Tú sola destruiste las herejías en el mundo entero" (Oficio de la Virgen).

FINES:

Procurar la conversión de los pecadores, herejes, cismáticos... y de manera particular de los masones; y la santificación de todos, bajo el patrocinio y por la mediación de la bieventurada Virgen María Inmaculada.

CONDICIONES:

(1) Total ofrecimiento de sí mismo a la Inmaculada, poniéndose como instrumento en sus manos inmaculadas.

(2) Llevar la "Medalla Milagrosa".

MEDIOS:

(1) Suplicar, posiblemente cada día, a la Inmaculada con esta jaculatoria: "Oh María concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti, y por cuantos a ti no recurren, en especial, por los enemigos de la santa Iglesia y por aquellos que te son encomendados".

(2) Usar todos los medios legítimos según la posibilidad en los diferentes estados, condiciones de vida y ocasiones que se presenten. Todo se deja al celo y a la prudencia de cada uno. Medio especial es la difusión de la Medalla Milagrosa.

Concédenos que te alabemos, oh Virgen santísima. Danos fuerza contra tus enemigos (SK 21).

Genuina explicación del programa M. I.

Como es de suponer, el Padre Kolbe tanto a través de charlas como de artículos periodísticos habló muy a menudo del programa de la Milicia de la Inmaculada.

Siendo el fundador de la M. I., Maximiliano es el mejor intérprete y por eso nos puede ofrecer la explicación más genuina del programa.

La charla que dio a los clérigos franciscanos conventuales de Cracovia, el 15 de noviembre de 1919, es muy larga y de alto nivel teológico, pero completa y exhaustiva. Para una mejor asimilación, hemos subdividido el tema en subtítulos.

Debemos asentar una acotación para el tercer subtítulo. Maximiliano, de acuerdo con varios teólogos escolásticos, habla de la "economía de justicia", reservada a Cristo, mientras la "economía de la misericordia" está reservada a María. Es una manera impro-

pia y popular de hablar, porque Cristo por su mediación nos manifiesta la misericordia más sublime. Se podría entender esas palabras en el sentido de que Cristo hizo que su Madre colaborara en las obras de misericordia, excluyendo las de la propia justicia.

Con esta charla quisiera ilustrarlos, aunque en breve y sin demasiadas pretensiones, acerca del fin, la naturaleza, los medios, las dificultades y la recompensa que nos está reservada.

I. EL FIN DE LA MILICIA DE LA INMACULADA

Todo está modelado en conformidad con el fin para el cual existe; por eso también para conocer la naturaleza de la M. I., es necesario examinar el fin. Además, toda cosa tiene un doble fin: último e inmediato.

El fin último de toda criatura es la gloria externa de Dios. Las criaturas inteligentes ofrecen esta gloria de modo perfecto, porque no sólo son una imagen de las perfecciones divinas, sino que, además, conocen y reconocen tal imagen. De aquí el homenaje, la adoración, la acción de gracias y el amor de la criatura hacia el Creador. Por lo tanto, nosotros debemos amar a Dios de modo infinito, porque Él nos amó de modo infinito y manifestó tal amor descendiendo Él mismo a esta tierra, para elevar, iluminar, fortalecer y hasta redimir al hombre culpable, mediante la muerte más ignominiosa y en medio de los más horrorosos tormentos; permaneciendo aquí entre nosotros hasta el fin de los tiempos, aunque esté tan abandonado e insultado por personas ingratas; y dándose en fin a nosotros como alimento, para divinizarnos con su divinidad.

Sin embargo, al ser nosotros criaturas limitadas, no somos capaces de dar a Dios una gloria infinita. Démosela, al menos, cuanta más podamos. Por esto el fin último de la M. I. es precisamente la gloria de Dios, y no sólo una mayor gloria, sino la máxima gloria posible.

En cambio, el fin inmediato es aquél hacia el cual se tiende directamente y que sirve como medio para alcanzar el fin último. La manifestación de las perfecciones divinas es el fin último de la creación entera, mientras el fin del hombre es conocer, reconocer y perfeccionar libremente en sí mismo la imagen divina. De esa manera correspondería a las gracias divinas, se uniría cada vez

más estrechamente a Dios mediante el amor y, para decirlo en breve, se divinizaría.

La M. I. tiene como fin inmediato la solicitud por la conversión de todos los acatólicos, particularmente de aquellos pobrecitos, los masones, que, ofuscados por el fanatismo, levantan la mano pérfida contra el Padre más bueno de todos; y todo esto bajo la protección y por la mediación de la bienaventurada Virgen María Inmaculada. Bajo su protección, es decir, como instrumentos en sus pequeñas manos inmaculadas, y por su mediación, o sea, utilizando los medios que Ella pone a nuestro servicio y orando para que Ella obtenga misericordia.

En la oportunidad anterior recordé el motivo por el cual nosotros recurrimos a la santísima Virgen María, bajo el título de Inmaculada Concepción.

II. LA NATURALEZA DE LA M. I.

Este es el fin, según el cual debe ser modelada la entera asociación.

Por la filosofía llegamos a saber que la naturaleza de cada cosa está compuesta de materia y de forma, unidas juntas. En la M. I., como en toda asociación, la materia son los miembros. Y éstos pueden ser, sin excepción, todos los que desean alcanzar el fin susodicho: jóvenes y ancianos, religiosos, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, estudiantes e iletrados, en una palabra todos los que desean rendir a Dios la más grande gloria posible, sin limitaciones, por medio de la Inmaculada.

La forma, o sea, lo que une a los miembros a tender a la consecución del fin y que constituye la esencia de toda asociación, en la M. I. es la consagración total, ilimitada a la santísima Virgen María Inmaculada, para que Ella se digne realizar en nosotros y por medio de nosotros lo que está escrito de Ella: "Ella te aplastará la cabeza" (Gn 3,15) y "Tú sola destruiste las herejías en el mundo entero" (Oficio de la Virgen); en una palabra, para que Ella se digne santificarnos a nosotros y unir a los demás, por medio nuestro, a Dios con el amor más estrecho posible.

El signo externo de esta consagración es la Medalla Milagrosa, por el hecho que fue Ella a entregárnosla. El llevar tal medalla constituye un aspecto integrante de la M. I.

Tanto la actuación concreta del espíritu de consagración como el llevar la Medalla Milagrosa no obligan bajo pena de pecado, ni

el más pequeño. El único motivo de la existencia y de la actividad de la M. I. es sólo el amor, un amor sin límites hacia el sacratísimo Corazón de Jesús con el fin de ofrecerle a Él el mayor número posible de almas y de unirlas a Él de la manera más estrecha.

III. LOS MEDIOS DE LA M. I.

Nosotros somos un instrumento en las amorosísimas manos de la Inmaculada y sólo así podemos alcanzar nuestro último fin: la gloria de Dios, no sólo una gloria mayor, sino la más grande posible. Toda nuestra solicitud, pues, debe ser: dejarnos conducir, para que no hagamos nada según nuestra cabeza, sino todo lo que Ella desea y como a Ella le agrade.

¿De qué fuente conocemos nosotros la voluntad de nuestra Reina, de nuestra Capitana?

En esta tierra hay un solo medio seguro: la santa obediencia a los representantes de Dios. La voluntad de Dios es todo lo que desea la Inmaculada, con esta diferencia, si humanamente nos podemos expresar así, que Dios lo dirige todo según justicia, mientras la santísima Virgen, precisamente por el hecho de que nos fue dada por Madre, puede ponernos al abrigo, anulando los golpes de la justicia, bajo su materno manto de misericordia. Por esto también san Bernardo afirma que Dios reservó para sí la economía de la justicia, mientras confió a la Inmaculada la misericordia.

Además, a veces nosotros podríamos conocer sus intenciones también por medio de las inspiraciones interiores, pero a solas casi jamás somos capaces de asegurarnos si esas inspiraciones provienen de Ella o de nuestro amor propio o de Satanás, el cual, con el esplendor de un ángel, puede insinuar a veces cosas aun santísimas en sí mismas y que podrían ser buenas para otras personas, mientras Dios podría no querer aquella determinada cosa para nosotros.

Aunque se nos apareciera la santísima Virgen María en persona y nos confiara la misión más sublime, ¿qué nos podría dar la seguridad de que es Ella efectivamente quien nos habla y no alguna ilusión o un engaño del demonio? Sabemos que Satanás se apareció a santa Catalina de Siena (si no me equivoco) incluso bajo las semblanzas de Jesús crucificado y por algún tiempo la mantuvo en engaño.

También en este caso la prueba más segura es la obediencia, o sea, la manifestación al superior de lo que sentimos en el respectivo

ámbito, interno o externo, y la ejecución ciega de sus mandatos. Si él prohibe, pero la Inmaculada quiere, entonces Ella, como en las manifestaciones de la Medalla Milagrosa, sabrá alcanzar su propia meta. A veces Dios permite semejantes obstáculos justamente con el fin de consolidar la propia obra; pero si la inspiración no procede de Ella, ¡que se derrumbe lo más pronto!

Pues bien, no sólo por medio de las órdenes de los superiores, sino también por medio de la autorización a llevar a cabo las inspiraciones interiores, nosotros llegamos a conocer las órdenes de nuestra Reina. Toda nuestra vida, todo pensamiento, palabra y acción están en sus manos. ¡Que Ella dirija todo como le agrade!

En variados tiempos la santísima Virgen María acudió en ayuda de los propios hijos y les ofreció diferentes modos para que alcanzaran más fácilmente la salvación y la liberación del yugo de Satanás. Ahora, en la era de la Inmaculada, la santísima Virgen entregó a la humanidad la Medalla Milagrosa, que, por medio de innumerables milagros de curaciones y, sobre todo, de conversiones, confirma el propio origen celestial.

Al manifestarla, la Inmaculada misma prometió muchísimas gracias a todos los que la llevaran. Y ya que la conversión y la santificación son gracias divinas, la Medalla Milagrosa es el medio mejor para alcanzar nuestro fin. Por esto ella constituye el arma mejor de la "Milicia". Es el proyectil con el que el fiel "mílite" traba la batalla con el enemigo, o sea, el mal, salvando de esa manera a los malvados. "Y, sobre todo, la Medalla Milagrosa".

En la Medalla está la jaculatoria: "Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti". La misma Inmaculada puso en nuestra boca esta oración, revelándola y recomendándonos que la rezáramos. Llevemos, pues, a la práctica también esta recomendación. Además, dado que existen también algunos que no recurren a Ella, nosotros añadimos: "Y por todos los que a ti no recurren". Y ya que en nuestros tiempos la cabeza de los acatólicos, la cabeza de la serpiente infernal —bien se puede decir— es la masonería, nosotros recordamos de modo particular a los que se dejan seducir por ella.

De tal modo, cada día nosotros lanzamos un asalto contra el dragón infernal en todos sus miembros, pero sobre todo en la cabeza. Ahora nosotros no vemos los resultados de este trabajo o, más bien, de la oración; sin embargo, después de la muerte podremos constatar lo verdaderas que son las palabras del Salvador: "Pidan y recibirán" (Jn 16,24). En este caso podemos estar

seguros que lo que pedimos no está ciertamente en contra de la voluntad de Dios.

"Todo medio, con tal que sea lícito, que el estado, las condiciones y las circunstancias permiten, y que se recomienda al celo y a la prudencia de cada uno". Aquí se abre un vastísimo campo de trabajo, porque muy diferentes son "los estados, las condiciones, las circunstancias" y numerosas las modalidades de acción.

Entre las modalidades de acción se pueden distinguir dos categorías generales: individual (de una persona en particular) y social (común). En el trabajo individual cada persona en particular puede hacer muchas cosas, según los talentos que Dios le dio y del amor ardiente y confiado que ella expresa en la oración. Sin embargo, pueden comprobarse siempre unas situaciones a las que a solas él no sería capaz de hacer frente. Lo mismo sucede en la oración. Jesús mismo afirmó: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos" (Mt 18,20). Con fuerzas comunes se puede orar y trabajar con mayor eficacia.

Con todo, a este propósito la naturaleza de las relaciones sociales debe diversificarse según los cambios de los "estados, condiciones y circunstancias". Común a todos es la tendencia a una más perfecta y fácil consecución del fin, que en nuestro caso es la salvación y la santificación más elevada del mayor número posible de almas.

Como ya recordé, todos los medios, solamente individuales o también sociales, han de ser usados según la obediencia, el único criterio seguro —en esta tierra— de la voluntad de Dios y, consiguientemente, de la Inmaculada. "Se recomiendan al celo y a la prudencia" (se entiende sin obligar mínimamente bajo pena de pecado), sólo que en el otro mundo cada uno recibirá la recompensa en base a lo que haya hecho.

Solamente apoyándonos en esta roca inconmovible, nosotros podemos ser inconmovibles como Dios, porque estamos seguros de su voluntad por medio de la Inmaculada; y aunque la obediencia hoy nos dice "sí" y mañana "no", hoy haremos "sí" y mañana "no", pero jamás diremos que nos hemos equivocado si precedentemente habíamos obrado de manera diferente. Iba bien como habíamos hecho antes y va bien ahora; del mismo modo como Dios es inmutable, aunque hoy haga caer la lluvia y mañana no.

IV. LAS DIFICULTADES DE LA M. I.

Naturaleza del trabajo, características (la serenidad...)

Sobrevendrán también dificultades y contrariedades que hay que superar. Cualquier cosa buena que acontezca en esta tierra, tanto más grande y buena es, cuanto mayores fueron las dificultades experimentadas. Basta dar una mirada a la historia. También nosotros, pues, debemos esperarnos algo semejante. Y no digo esto sólo "a priori", porque yo mismo vi con mis ojos y oí decir cómo la M. I. de Roma se purificó en el fuego.

¿De dónde pueden venir tales contrariedades? Debemos estar preparados para recibirlas de cualquier parte. No hablo aquí de la fatiga que experimentamos en cada trabajo y tampoco de la lucha que trabarán con nosotros aquellos por cuya salvación eterna debemos combatir. Ellos a veces interpretan mal nuestras intenciones y los propósitos mejores (y en alguna ocasión esto sucede adrede) y lanzan las más falsas calumnias según su palabra de orden, pronunciada, por lo que recuerdo, por Voltaire: "Calumnien, calumnien, algo quedará".

Quiero hablar de aquella persecución a la que nos pueden someter personas sensatas, prudentes y hasta devotas y santas (quizás, también inscritas en la filas de la M. I.) y que a lo mejor se comportan de aquel modo con la mejor de las intenciones. En verdad, lo que hace sufrir mayormente (si no se confía únicamente en Dios por medio de la Inmaculada) es el ver que alguno, por la mayor gloria de Dios y con el más grande fervor de que es capaz, nos corta todos los caminos, arruina y procura destruir lo que construimos y también, después de acercarse él mismo a la causa de la Inmaculada, más adelante disuade a los demás, insinuando la duda y sembrando la desconfianza y la indiferencia.

Como si esto no fuera bastante, también nosotros somos inconstantes. Lo que hoy aceptamos con entusiasmo, mañana nos parece banal; lo que hoy nos atrae con su fascinación, mañana nos desalienta por la cantidad y la dureza de los sacrificios.

En tales casos, ¿sobre cuáles fundamentos debemos basarnos? Para que un fundamento pueda ser inconmovible, debe tener algo estable, inmutable, en una palabra, algo divino, que para nosotros es únicamente la santa y ciega obediencia a la Inmaculada, que nos manifiesta la propia voluntad a través de los superiores. Afirmados sobre semejante fundamento, no vamos a temer ninguna tempestad.

Aunque todos los malos y los buenos se levanten en contra de él con la palabra y la acción, el cuerpo abrumado poltronee frente a la fatiga, la inteligencia se ofusque, la voluntad vacile y se

desaliente, el infierno se ponga furioso, el mundo entero se dé vuelta y todas sus cosas entren en alboroto...; aquel que desprecia todo esto, no confiando en absoluto en sí mismo sino ilimitadamente en Dios por la Inmaculada, está seguro de obrar en sus manos omnipotentes. De veras, ésta y únicamente ésta es la roca granítica contra la cual se deshacen todos las oleadas espumajeantes.

Puedo afirmar, no sólo en teoría sino por experiencia mía y de otros, que vi con mi gran estupor, el modo con que algunos, sin turbarse, lograron superar todas las dificultades, por otra parte muy comprensibles y dictadas por la prudencia, tendientes nada menos que a la anulación de la M. I. en sus mismas raíces: "razones humanas..." y lo que entraba por un oído, se desvanecía por el otro.

Todas estas contrariedades son muy útiles, necesarias y hasta indispensables, porque esclarecen la entera causa, fortalecen y acostumbran la voluntad para la fatiga y llegan a ser manantial de méritos para el paraíso.

De tal modo muchas cosas se esclarecieron "de hecho" ya entre las dificultades surgidas en Roma, en particular, el fundamento y los principios de toda la Milicia. Lo mismo también sucede en la santa Iglesia, en la que las herejías son un estímulo para el desarrollo y la clarificación de las verdades.

Además, la voluntad, que ya conoce la fuerza y la inmutabilidad de la verdad hostilizada, está solicitada a mantenerla. Cuando las dificultades superadas se disipan, toma coraje, se reanima y, puesta a prueba por el sufrimiento aunque facilitado por la esperanza y hasta por la seguridad de la victoria, dado que el fundamento es inconmovible, se traba en batallas más duras, más arriesgadas, que la pueden hacer sufrir más.

Como consecuencia, alcanzaremos también una recompensa mucho mayor que la que habríamos alcanzado si todo hubiera ido sobre rieles, una recompensa tanto más grande y maravillosa, cuanto más ardua fueren la fatiga, más doloroso el sufrimiento, más ardiente el amor que demostremos exclusivamente a Dios mediante la obra de la salvación y de santificación de las almas.

V. NUESTRA RECOMPENSA

Con el fin de atraernos cada vez más a sí y de animarnos al trabajo, Dios, en su bondad infinita, a veces nos hace saborear aún aquí en la tierra una pizca de aquella felicidad, cuya plenitud deberá ser nuestra corona. Si nos empeñamos con todas las fuerzas

en corresponder lo más fielmente posible a la gracia divina y en difundir en nosotros mismos y en los demás la gloria de Dios, por medio de la Inmaculada, tal vez saborearemos la gozosa serenidad del niño, que abandonándose sin reserva alguna en las manos de la propia madre, no se preocupa por nada, no tiene miedo a nada, confiando en la sabiduría, en la bondad y en la fuerza de su buena genitora. A veces a nuestro alrededor arreciará la tempestad, caerán los rayos; pero nosotros, consagrados de manera tan ilimitada a la Inmaculada, estaremos seguros de que nada nos acontecerá, hasta que nuestra óptima Madrecita lo permita. Nos reposaremos agradablemente trabajando y sufriendo por la salvación de las almas.

A veces las cruces se abatirán pesadamente sobre nosotros; pero la gracia de Dios enfervorizará nuestros corazones inflamándolos de un tal amor que arderemos por el deseo del sufrimiento, de un sufrimiento sin límites, de humillaciones, de escarnios, de olvidos. Con ello tendremos la posibilidad de demostrar nuestro amor hacia el Padre, hacia nuestro queridísimo amigo, Jesús, y hacia su dilectísima Madre, la Inmaculada. El sufrimiento es escuela, alimento y fuerza del amor. "Afligidos, pero siempre gozosos" (2 Co 6,10).

Hela aquí: ésta es una vida gastada por un ideal.

Entonces, aunque por un lado un entero batallón de encarnizados enemigos se conjure contra nosotros, hallaremos por el otro también auténticos amigos, que, unidos a nosotros con sincero amor en la unidad de un común ideal, nos confortarán en la tristeza y nos socorrerán en la caída, para que jamás dejemos caer las manos, sino que combatamos con tenacidad y con firmeza hasta la muerte, confiando únicamente en Dios por medio de la Inmaculada.

Sin embargo, todo esto es apenas una parcela de la recompensa que nos espera, y no siempre ella nos acompañará. Sólo cuando nuestra Madrecita, al ver nuestra debilidad, quiera fortificarnos, entonces nos enviará a nosotros, sus hijos, estos caramelos, que deberemos aceptar con la máxima gratitud y humildad, con el fin de que nos robustezcamos y nos pongamos de nuevo al trabajo.

Con todo, nos enriqueceremos mayormente de gracias cuando, en la oscuridad exterior e interior, colmados de aflicciones, abrumados por el trabajo, sufridos, sin consolaciones, perseguidos a cada paso, ridiculizados, escarnecidos, solos... como Jesús en la cruz, nos esforcemos por orar por todos, por atraer a todos con todo

medio (como hizo Jesús en el último instante hasta con el ladrón) a Dios por medio de la Inmaculada y por unirlos a Él lo más íntimamente posible.

Esta vida pasará y entonces iniciará nuestra verdadera recompensa. Nada, ni la más pequeña fatiga, ni el más pequeño sufrimiento, abrazados por la gloria de Dios, escapará a una abundante recompensa y esto por la eternidad entera... Como vemos en la historia, Dios recompensará no sólo lo que hayamos hecho, sino también lo que hayamos deseado hacer, aun sin tener la fuerza suficiente para llevarlo a cabo. ¡Desear, pues, pero desear sin límites! Y Él —¡bondad infinita!— permite a menudo a los que lo aman poder satisfacer sus deseos hasta después de la muerte, desarrollar una acción en la tierra, orar y trabajar por la salvación y la santificación de las almas. Precisamente de estas aspiraciones, más de una vez, nacen las buenas inspiraciones y hasta los milagros.

Santa Teresita del Niño Jesús decía: "Si supiera que en el paraíso, después de la muerte, no podré trabajar más por la salvación de las almas, preferiría permanecer en esta tierra hasta el fin del mundo" (se debe entender con la incertidumbre de la propia salvación) y prometió hacer descender del cielo una lluvia de rosas, es decir, de gracias. Y realmente, en el breve período de tiempo transcurrido desde su muerte, ella obtuvo muchas gracias de Dios y las hizo descender sobre toda la faz de la tierra, como demuestran los milagros publicados en las últimas ediciones de su biografía. Igualmente santa Gema Galgani ya es conocida hasta en China y en todas partes va a la caza de numerosas almas.

De la misma manera, también nosotros podemos nutrir la esperanza que, si ahora, imitando a estas almas santas, muertas en estos últimos tiempos, ardemos del deseo de salvar las almas, después de nuestra muerte la Inmaculada completará la propia obra sirviéndose de nosotros; más aún, solamente entonces podremos consolar el sacratísimo Corazón de Jesús mucho más que cuanto hayamos hecho en esta tierra en la que, al dar una mano a los demás, debemos prestar mucha atención para que no caigamos nosotros mismos.

Mientras estaba por morir, Jesús mismo, entre todas las personas amigas que tenía, vio bajo la cruz solamente a la santísima Virgen y al discípulo predilecto. Los demás discípulos habían huido todos; uno lo había renegado con juramento, mientras Judas lo había vendido a los judíos. Por esto, no debemos afligirnos

demasiado, si no logramos ver en esta tierra los frutos de nuestro trabajo. Puede ser voluntad de Dios que los recojamos después de nuestra muerte y que algún otro los vea en este mundo.

Nuestra primera recompensa, pues, es la posibilidad y la facilidad de "pescar" almas de la manera más eficaz, hasta después de nuestra muerte.

Además, ¡imaginemos cuánto reconocimiento nutren con respecto a nosotros todas aquellas innumerables filas de almas a las que habremos abierto las puertas del paraíso o cuya gloria habremos aumentado también de un solo grado! ¡Cuánto nos agradecerán por toda la eternidad! Pero también nosotros estaremos agradecidos a ellas, porque, trajinando en su favor, nos hemos preparado también para nosotros mismos una corona en paraíso.

¡De qué amor arderán ellas hacia Aquélla que se dignó servirse de nosotros como instrumentos para liberarlas de las cadenas del demonio! Nosotros, por nuestra cuenta, no acabaremos nunca de rendir homenaje a su bondad, por haberse dignado escogernos a nosotros, tan indignos, pobres e incapaces, para que fuésemos sus soldados a la conquista de los corazones para Ella.

En fin, ¡qué himno de adoración, de gloria y de acción de gracias elevarán todos los habitantes del cielo al Corazón de Jesús, por habernos dado una Madrecita tan tierna, para que, frente a los justos golpes de la justicia divina, pudiéramos recurrir a Ella y escondernos bajo su manto materno! Efectivamente Él, no queriendo castigarnos, sino perdonarnos, quiso ofrecernos a nosotros una mediadora, una protectora, una Madrecita queridisima y le confió a Ella la entera economía de la misericordia, reservando para sí la justicia.

Además, Él la creó tan buena que Ella no es capaz de abandonar ni al peor de los pecadores que recurre a Ella, y tan poderosa que basta uno de sus deseos para doblegar en seguida el Corazón infinito de Dios. Y así todos, en unión con la Inmaculada, agradeceremos y adoraremos eternamente la misericordia, la bondad, la sabiduría, la potencia y la justicia de Dios, en la posesión de la recompensa que El nos había prometido.

Entonces, mientras formemos los batallones de su guardia de honor y estemos muy cerca de Dios, justamente porque nos encontramos cerca de Ella, alcanzaremos el fin último de la M. I., o sea, la máxima gloria posible de Dios por medio de la Inmaculada (SK 1248).

Despliegues e irradiaciones

Los dos frentes de la Milicia de la Inmaculada

Toda idea, aun la más santa, si no se la siembra, permanece infecunda. La Milicia de la Inmaculada nació para ser movimiento de espiritualidad mariana y apostólica.

El Padre Kolbe reconoce que tuvo que avanzar en medio de enormes dificultades, tragar incomprensiones y contrastes, derribar barreras de oposición, conquistar el terreno palmo a palmo...

Además, la situación polaca era tempestuosa. Al este el ejército bolchevique pugnaba por ocupar la capital, Varsovia; la inflación, que crecía hora tras hora y minuto tras minuto, carcomía todo recurso. El estado polaco, recién constituido después de dos siglos de desintegración, debía repechar cuestas muy empinadas para organizarse.

En lo personal Maximiliano se hallaba afectado por la tuberculosis que lo debilitaba con flujos de sangre y fiebre y a veces lo obligaba a pasar largas temporadas en el sanatorio.

Al regresar a Polonia en el año 1919, Maximiliano sabía muy bien lo que quería. Había reflexionado mucho sobre el plan de trabajo y, quizás, hasta había recibido alguna ilustración de lo alto.

Dos eran los frentes que se le abrían: por un lado divulgar la M. I. y buscar en todas partes socios y adherentes y por el otro establecer una vinculación entre los socios y los centros M. I. La revista mensual "El Caballero de la Inmaculada" *fue el instrumento de*

conexión que, al crecer prodigiosamente en centenas de miles de ejemplares, hizo surgir la necesidad de buscar colaboradores y de agrupar las iniciativas en un centro.

Maximiliano pensaba que la Inmaculada no merecía colaboradores asalariados, sino consagrados y con dedicación plena. Los centros por él fundados fueron Niepokalanów en Polonia y Mugenzai no Sono en el Japón; pero él aspiraba que toda nación tuviera un centro impulsor mariano apostólico.

El Padre Kolbe trató tan amplia temática en numerosas charlas y artículos periodísticos. Aquí reproduciremos los más importantes.

Mendigando socorros

"Niepokalanów". Más de una vez esta palabra, a través de las ondas de la radio, llegó a los palacios y a los subterráneos, a los edificios de ladrillos y a las taperas. Ya todos oyeron hablar, aunque brevemente, de Niepokalanów. Sin embargo, no todos se comportan del mismo modo con respecto a ella. Los que se interesan más de cerca por ella, la aman cordialmente u, otro tanto cordialmente, la odian y no le mezquinan injurias y difamaciones. De cualquier manera, de un modo u otro, cada uno manifiesta alguna curiosidad con respecto a Niepokalanów. Por consiguiente, yo pienso que el decenio de Niepokalanów no sea en absoluto un acontecimiento carente de interés para la gran mayoría de los respetables radioescuchas. Por eso, quisiera aprovechar la presente ocasión para hablar brevemente de las idealidades de Niepokalanów.

La fe en la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen María, de la que hoy celebramos la solemnidad, se remonta a los comienzos de la Iglesia, aunque el dogma fue definido solamente en el año 1854. Cuatro años más tarde, en Lourdes, la misma Inmaculada, solicitada por una pregunta de Bernardita, afirmó: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Como secuela de la proclamación de tal dogma, la devoción a la Inmaculada se difundió ampliamente en el mundo y muchas asociaciones se empeñaron en combatir, bajo su estandarte, por el reino de Dios en la tierra.

Una de estas asociaciones es la Milicia de la Inmaculada, cuya sigla internacional es M. I., que precisamente este año celebra los veinte años de su existencia (1917-1937). La ocasión que impulsó para su fundación fueron las demostraciones cada día más provo-

cadoras que la masonería italiana desplegaba contra la Iglesia, en la misma ciudad de Roma. Por ejemplo, enarbolaba las propias banderas delante de las ventanas del Vaticano, hacía flamear un estandarte en el que se representaba al arcángel Miguel bajo los pies de Luzbel, y así sucesivamente.

Evocando las deliberaciones de la masonería: “Nosotros podremos vencer la religión católica no con el razonamiento, sino pervirtiendo las costumbres”, un pequeño grupo de jóvenes estudiantes del Colegio Internacional de los Franciscanos Conventuales de Roma se propuso rechazar los ataques contra la Iglesia y ayudar a las almas en la búsqueda del camino que conduce a Dios, en la obra de conversión y santificación personal, llevada a cabo mediante la renovación de las costumbres.

La indisciplina moral tiene su origen principalmente en el debilitamiento de la voluntad. ¿Y quién es capaz de robustecer la débil voluntad humana, sino Aquélla que es la Inmaculada desde el primer instante de la propia existencia, la Madre de la gracia divina? Por esto, durante la primera reunión de la Milicia, acaecida en Roma en el año 1917, se estableció el siguiente programa: empeñarse, por medio de la Inmaculada, como instrumentos en sus manos, en la obra de conversión de los pecadores y de todos los que la necesitan, y en la obra de santificación de todos.

Ya durante el año sucesivo la M. I. llegaba a Polonia. Inicialmente se desarrolló en el seminario de los Franciscanos Conventuales de Cracovia. Más adelante, después de la publicación en lengua polaca de la cédula de inscripción a la M. I., ésta comenzó a abarcar amplios círculos de población fuera de los muros del convento. Poco tiempo después se debió pensar en la impresión de una revistita, que pudiera unir entre ellos a los adherentes al movimiento, esparcidos acá y allá. Así, en los comienzos de 1922 tuvo origen el periódico mensual titulado “El Caballero de la Inmaculada”.

Esa época fue muy difícil para la actividad editorial porque, a causa de la inflación, el dinero se licuaba entre las manos, tan cierto es que los superiores religiosos pudieron permitir el inicio de la publicación sólo a condición que ni el convento ni la provincia religiosa estuvieran expuestos a gastos, porque en tal caso el ya difícil mantenimiento de los jóvenes seminaristas podía resultar imposible.

Recuerdo que un día salí por las calles de Cracovia con la finalidad de recoger, mendigando, algún dinerillo, necesario para

la impresión del primer número. Lloviznaba, y yo, a pesar de haber recorrido ya algunas calles de la ciudad, me avergonzaba de entrar en cualquier negocio y tender la mano para pedir la limosna.

El día siguiente hice esta reflexión: "¡Total! Tú no mendigas por ti, sino por la causa de la Inmaculada". Tomé ánimo y me dirigí a un sacerdote de mi conocimiento, el párroco Padre Tobiasiewicz. Él me acogió con mucha cordialidad, me entregó una oferta para la nueva revista, me acompañó hasta su coadjutor, que hizo otro tanto, y me dio también algunas direcciones. Desde entonces "El Caballero de la Inmaculada" continúa manteniéndose con las solas donaciones, y llega hasta todas aquellas personas que lo quieren leer, aunque no tengan posibilidad de enviar ni la más mínima limosna.

No se debía contraer deudas. Faltaban todavía 500 marcos para saldar completamente los costos de impresión, aunque nadie estaba enterado. Mientras estaba por dirigirme a la imprenta, cruzando nuestra basílica, noté sobre el altar de la Inmaculada Concepción un sobre con la inscripción: "Para ti, Madre Inmaculada", y en él estaban precisamente 500 marcos, la suma que me faltaba.

Se podrían recordar numerosos hechos semejantes, acaecidos en el transcurso de estos veinte años; pero pienso que la interpretación de tales hechos podría parecer demasiado ingenua. Es simplemente tangible la mano de la Inmaculada, que hace progresar su obra, a pesar de los miles de obstáculos y dificultades, ya internas ya externas, y a pesar de nuestras debilidades y defectos.

Trasladado a la ciudad de Grodno en el año sucesivo, "El Caballero de la Inmaculada" compra la primera máquina tipográfica, aumenta la propia tirada, se reviste de una tapa azul y en cinco años alcanza la cifra de 70.000 ejemplares, impresos por las manos de los religiosos que se consagraron a la causa de la Inmaculada. Pero los muros del convento se demostraron cada día más estrechos. Se iniciaron, pues, las indagaciones a la búsqueda de una sede más amplia. Hacia fines del año 1927, el príncipe Drucki Lubecki ofreció en uso un terreno de cinco morgas. Hacia los inicios de octubre de 1928 se comenzó la obra edilicia y en vísperas de la solemnidad de la Inmaculada Concepción del mismo año, precisamente a las 10 de la mañana, tuvo lugar la bendición de la nueva sede.

Los comienzos fueron fascinantes. En los primeros días las mesas del comedor estaban constituidas por tablones ubicados

sobre valijas, las sillas por el pavimento, y las camas por paja esparcida acá y allá con alguna avaricia sobre el pavimento. Cuando llegaron las máquinas de Grodno, en la futura tipografía faltaban todavía las puertas y las ventanas. A pesar del viento gélido, todos trajinaron con solicitud y alegría para arreglar la nueva sede y para permitir la expedición del número sucesivo del "Caballero" en el tiempo previsto.

¿Qué resultados logró Niepokalanów en este decenio? Debemos reconocer que, comparados con el Komintern ateo, los resultados de nuestra actividad son todavía muy escasos. Por otra parte, si consideramos cuidadosamente nuestras posibilidades, podemos afirmar con toda sinceridad que, con la ayuda de la Inmaculada, hemos trabajado con gran empeño; sin embargo, no hemos trabajado por ninguna ventaja personal, sino únicamente por amor hacia la Inmaculada.

El número de los inscritos a la M. I. en Polonia y entre los polacos en el extranjero alcanza actualmente la cifra de 600.000 personas. La tirada de "El Caballero de la Inmaculada" frisa los 750.000 ejemplares, la de "El Caballero para niños", 180.000 ejemplares; y "El Pequeño Diario", con sus 130.000 ejemplares diarios, llega hasta aquellos amplios estamentos de la sociedad, que muy difícilmente, a veces, podrían adquirir un diario más voluminoso.

El 7 de marzo de 1930 cinco religiosos de Niepokalanów se embarcaron en Marsella en un barco francés, dirigiéndose hacia el Extremo Oriente. El 24 de abril desembarcamos en Nagasaki y ya para el mes sucesivo la Inmaculada obró de tal modo que fue enviado a Niepokalanów, en Polonia, este telegrama lleno de alborozo: "Hoy expedimos "El Caballero" en japonés. Tenemos tipografía. ¡Gloria a la Inmaculada!"

En el quinto año de su existencia la revista japonesa alcanzaba la tirada de 65.000 ejemplares, enviados en gran parte a paganos. Además, en la Niepokalanów japonesa junto con los 23 religiosos llegados de la Niepokalanów polaca, se hallan actualmente 10 religiosos nativos, mientras el seminario menor recoge a 42 muchachos japoneses.

A veces recibimos cartas conmovedoras de parte de los paganos.

Un empleado, por ejemplo, nos escribe desde Tokyo: "Paseando en un parque, hallé en un árbol un número de Mugenzai no Seibo no Kishi. La revistita me agradó mucho. En el pasado había

tomado parte en asambleas protestantes, pero no había hallado lo que buscaba. Envíenme la dirección de una iglesia católica. Soy una empleada municipal. Gano 100 yens al mes, de los cuales 40 los entrego a muchachos pobres a los que doy clase. Y me quedan sólo 60 yens. ¿Puede hacerse católica una persona que gana tan poco?"

Un joven, que ya terminó la secundaria y al que los padres, aunque le permitan leer nuestra revista, le prohiben todavía dirigirse a una iglesia católica, escribe: "Tomen a su cargo mi pobre alma. Envíenme algún libro católico". Cuando su madre se enfermó y fue internada en el hospital para someterse a una intervención quirúrgica, al hacerle una visita, organizó la difusión de la revista entre las enfermeras. En aquel período nos escribió: "En el hospital había un niño moribundo. Aún siendo yo todavía pagano, lo bauticé. ¡Alégrense conmigo!" En otra ocasión escribió todavía: "Mi padre está de viaje y yo, por todo este tiempo, yendo a la escuela, puedo dirigirme a la iglesia cada día. ¡Qué felicidad!".

Más todavía. La enfermera de un hospital escribe que, haciendo la limpieza en la oficina de la dirección, halló un ejemplar de la revista y lo tomó para leerlo. El director del hospital la reprendió por tal hecho, asombrándose que una muchacha tan joven se interesara por una religión extranjera. Con todo, ella escribe así: "Yo no tengo más a mi madre. Quisiera que la Virgen santísima lo fuera. ¿Qué debo hacer?"

Y muchas y muchas otras cartas semejantes, escritas con el corazón.

Cuando alguno de estos paganos aprende la religión católica, se encuentra con un misionero del lugar y recibe el bautismo, ¡con qué alborozo nos escribe y nos agradece de todo corazón por el hecho de que hayamos venido de la lejana Polonia para prepararle, a través de nuestra revista mariana, tan grande felicidad!

Ya hay cédulas de inscripción en la M. I. en una larga serie de idiomas extranjeros y muchas personas de diferentes nacionalidades adhieren a ella.

Sin embargo, no todos todavía conocen a la Inmaculada, no todas las almas la aman. Muchos buscan la felicidad donde no se la puede hallar y no tienen la fuerza de elevarse más en alto.

Algún tiempo atrás llegaron a Niepokalanów dos judíos a la búsqueda de rezagos de papel. El más joven de los dos pidió poder visitar Niepokalanów. Después de haber observado atentamente nuestra vida, confesó: "Yo soy comunista, pero el comunismo auténtico está aquí".

Sí, en Niepokalanów existe una auténtica vida común, fundada no en el odio y en la constricción, sino en el amor recíproco.

Cuando el espíritu de Niepokalanów, el espíritu de la M. I., impregne nuestra patria y el mundo entero, cuando la Inmaculada llegue a ser la Reina de todo corazón que late bajo el sol, entonces el paraíso llegará a la tierra, pero no el paraíso de los comunistas o socialistas, sino —por cuanto es posible en esta tierra— el paraíso verdadero, de cuya felicidad gozan en este momento los moradores de Niepokalanów. Allí existe una única familia, de la que Dios es el padre, la Inmaculada la madre, el divino prisionero de amor en la Eucaristía el hermano mayor, mientras todos los demás no son compañeros sino hermanos menores que se aman el uno al otro (SK 1222).

Nuestra guerra

El Padre Maximiliano, como cristiano y como franciscano, es el hombre de "Paz y Bien", de la fraternidad y de la solidaridad, y da la vida en lugar de un compañero injustamente condenado a morir. Sin embargo, muchas expresiones de su vocabulario tienen matices militares. ¿A qué se deben?

Ante todo, Polonia en su historia siempre fue una nación caballeresca y, además, por su posición geográfica entre dos colosos: Rusia y Alemania siempre tuvo que luchar para defender su religión y su patria. Maximiliano nació y se educó en este ambiente de luchas y de desafíos.

Por otra parte, tanto san Pablo como muchas otras páginas bíblicas utilizan la terminología militar como símbolos de las luchas entre el bien y el mal.

Maximiliano tomó muy en serio la ascética cristiana, compendiada en el "Velen y oren" de Jesús (Mt 26,41), para combatir sus defectos y vivir con fervor su vida religiosa y sacerdotal.

Al descubrir a la Inmaculada como camino de santidad y de apostolado, se le entregó totalmente. La consagración, como cosa, propiedad e instrumento de la Inmaculada, es la expresión de esa entrega.

Al mirar a nuestro alrededor y al ver en todas partes tanto mal, nosotros quisiéramos sinceramente, sobre todo, como miembros de la Milicia de la Inmaculada, levantar una barrera contra este mal, conducir a los hombres al sacratísimo Corazón de Jesús por medio

de la Inmaculada y así hacer eternamente felices, desde esta vida, a nuestros hermanos que viven en este mundo. ¡Guerra al mal, pues, una guerra implacable, incesante, victoriosa!

Pero, ¿sobre qué nos apoyamos? ¿Dónde hallar el impulso más importante y valedero? Y, ¿dónde es necesario golpear ante todo?

A veces nos parece que Dios gobierne el mundo "con demasiado poca energía". Sin embargo, con un solo gesto de su voluntad omnipotente Él podría aplastar y triturar en el polvo a todos los Calles (Presidente de México de 1925 a 1928 y perseguidor de la Iglesia católica), a todos los ateos de la Rusia Soviética, a todos los españoles incendiarios de iglesias, a todos los inmorales envenenadores de la juventud y a todos aquellos que se les asemejan. Así piensa nuestra mente limitada y estrecha, mientras la sabiduría eterna, por su cuenta, juzga de modo diferente.

Las persecuciones purifican las almas como el fuego purifica el oro, y las manos de los verdugos crean falanges de mártires, mientras, más de una vez, al fin de todo, los perseguidores experimentan la gracia de la conversión. Inescrutables pero siempre sapientísimos son los caminos de Dios. De esto no se deduce en absoluto que nosotros debamos cruzarnos de brazos y permitir que los enemigos de las almas de los hombre bailen libremente. ¡Todo lo contrario!

Con todo... nosotros no queremos corregir la Sabiduría infinita y dirigir al Espíritu Santo, sino dejarnos guiar por Él.

Imaginemos ser un pincel en las manos de un pintor infinitamente perfecto. ¿Qué debe hacer el pincel para que el cuadro resulte lo más hermoso posible? Debe dejarse dirigir de la manera más perfecta. Un pincel podría avanzar pretensiones de mejoramiento en las manos de un pintor terreno, limitado, falible; pero cuando Dios, la Sabiduría eterna, se sirve de nosotros como instrumentos, rendiremos el máximo, del modo más perfecto, con tal que nos dejemos guiar de manera perfectísima y total.

Con el acta de consagración nosotros nos ofrecimos a la Inmaculada en propiedad absoluta. Sin duda Ella es el instrumento más perfecto en las manos de Dios, mientras nosotros, por nuestra parte, debemos ser instrumentos en sus manos inmaculadas.

¿Cuándo, pues, derrotaremos del modo más rápido y perfecto el mal en el mundo entero? Eso acontecerá cuando nos dejemos guiar por Ella de la manera más perfecta. Este es el problema más importante y único.

Dije: "único". En verdad, cada uno de nosotros debe preocuparse únicamente de armonizar, conformar, fusionar, por decir así,

completamente la propia voluntad con la voluntad de la Inmaculada, así como la voluntad de Ella está completamente unida a la voluntad de Dios, su Corazón al Corazón de su Hijo Jesús.

Es el único problema.Cualquier cosa que hagamos, aunque fuere también el acto más heroico, capaz de sacudir las bases de todo mal que existe en la tierra, tiene algún valor únicamente si, al hacer tal acto, nuestra voluntad se pone en armonía con la voluntad de la Inmaculada y, por medio de Ella, con la voluntad de Dios. Una cosa sola, pues, o sea, la fusión de nuestra voluntad con la de Ella, tiene algún valor, más aún, un valor total. Esta es la esencia del amor —no el sentimiento, aunque él también sea bueno— que nos debe transformar, por medio de la Inmaculada, en Dios, y que debe quemarnos a nosotros y, por medio nuestro, incendiar el mundo y consumir y destruir en él toda forma de mal. Es ese fuego del que el Salvador decía: "Vine a traer fuego a la tierra; ¡y cómo quisiera que ya ardiera!" (Lc 12,49).

Después de habernos inflamado nosotros mismos con este amor divino —repito que no se trata aquí de lágrimas dulces y de sentimiento, sino de voluntad, a pesar de la aversión y repugnancia—, haremos arder el mundo entero.

Sin embargo, somos nosotros que nos debemos inflamar, nosotros que no debemos enfriarnos, sino arder siempre más fuertemente.Nos debemos fusionar y llegar a ser una sola cosa con Dios, por medio de la Inmaculada.

Debemos, pues, concentrar toda nuestra atención en esto, únicamente en esto: unirnos de modo estrecho y fusionarnos con la mano de nuestra Maestra, de nuestra Capitana, para que Ella pueda hacer con nosotros lo que quiera.

Y ésta es la condición esencial para pertenecer a la M.I.: "Consagrarse totalmente a la Inmaculada como instrumentos en sus manos inmaculadas".

Entonces y sólo entonces someteremos a la Inmaculada y, por medio de Ella, uniremos y fusionaremos el mundo entero y cada alma en particular con el sacratísimo Corazón de Jesús, por medio del fuego del amor (SK 1160).

Cómo piensa y obra un mílite

A lo largo del año las fiestas marianas son jalones para una toma de conciencia de la misión de la Virgen en orden a la salvación y santificación de los hombres y de nuestros empeños para con Ella.

Para la Milicia de la Inmaculada tienen particular significado el 11 de febrero, fecha de las apariciones en Lourdes, y el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada.

Tanto por medio de charlas y cartas como a través de artículos periodísticos el Padre Kolbe vuelve a inculcar y a martillar sus "ideas fijas": consagración, vivencia y apostolado.

Los medios para lograrlo: la oración, el trabajo y el sacrificio.

Los medios de comunicación social nos ofrecen grandes recursos apostólicos, que prioritariamente han de servir para el reino de Dios. Todos los mílites son exhortados a utilizarlos, para ponerlos al servicio del apostolado.

Se acerca nuestra fiesta, la fiesta de la Inmaculada.

El entusiasmo más ardiente puede, con el tiempo, enfriarse. Los rompecabezas y las preocupaciones diarias sofocan, a veces, los ideales más sublimes. Más aún, las realidades más elevadas poco a poco se envilecen. Efectivamente, la debilidad y las limitaciones de la naturaleza humana son tales que las impresiones más frescas ahogan las más lejanas, aunque éstas últimas sean las más importantes.

Por consiguiente, también nosotros, mílites de la Inmaculada, nos debemos sacudir de vez en cuando y debemos reflexionar sobre nosotros mismos, interrogarnos a fondo para saber si servimos a la causa de la Inmaculada con suficiente solicitud, impetrar de Ella el perdón por el descuido y la indiferencia, pedir ayuda para el futuro, empeñarnos con mayor prontitud en el trabajo, para recuperar, de modo centuplicado por el fervor, el tiempo perdido.

La fiesta de la Inmaculada es la mejor ocasión para renovar el espíritu.

¿Qué debemos hacer, pues?

En primer lugar renovemos todos, el 8 de diciembre, juntos o personalmente, nuestra consagración a la Inmaculada según la fórmula contenida en la cédula de inscripción. Pero previamente hagamos todos la santa confesión, el mismo día de la fiesta o en uno de los ocho precedentes. Acerquémonos a la santa Comunión durante la misma solemnidad y oremos según las intenciones del Santo Padre, para lucrar la indulgencia plenaria que todos los miembros de la Milicia de la Inmaculada pueden adquirir en tal día.

Esta renovación de nuestra alma hagámosla también según las modalidades indicadas por la Milicia de la Inmaculada, o sea,